

¿Dónde está hoy día, en el momento del Bicentenario, ese público de lectores virtuales? Fundamentalmente en las universidades. Es en la etapa de la Universidad cuando se suele iniciar una relación más personal y permanente con los libros. Son los años en que se entra a las librerías, aunque sea de libros usados, se visitan por necesidad o interés las bibliotecas, se piden libros y se los hojea, y en el mejor de los casos se los descubre y apropia. Se empieza a leer por vocación o placer y hasta ocurre que algunos estudiantes inician una pequeña y rudimentaria biblioteca personal. ¿Qué pasa entonces con la población universitaria y los libros?

En las últimas dos décadas la población universitaria ha aumentado exponencialmente. Entre 1990 y 2005 la matrícula ha crecido con una tasa anual cercana al 17%. En 1965, 6 de cada 100 jóvenes iban a la universidad, mientras hoy día van 37 de cada 100 en edad de hacerlo<sup>1</sup>. En 1980 la matrícula total de las 8 universidades existentes era de 118.978 alumnos<sup>2</sup>; hoy, en cambio, en 68 instituciones, la matrícula sobrepasa los 530.000 alumnos. Se estima que para el Bicentenario la matrícula se aproximará a los 800.000 estudiantes. Los libros son (todavía) el soporte por excelencia de todas las carreras que se estudian en la Universidad, de las disciplinas científicas y técnicas (física, química, medicina, ingeniería, agronomía, biología, etc); también de las disciplinas sociales y humanistas (jurisprudencia, ciencias políticas, antropología, sicología, historia, filosofía, letras, lingüística), sin mencionar su importancia como soporte de cultura general y de la expresión literaria y poética. Aun considerando que hay universidades de primera, de segunda y de tercera, algunas acreditadas y otras que no lo están; universidades con grandes bibliotecas patrimoniales y otras con sólo centenares o unos pocos miles de libros; aun considerando estas diferencias, es posible pensar que cada estudiante universitario debe (o debiera) leer en promedio 20 libros al año, lo que da –considerando la matrícula actual- un total de 12.000.000 libros.

Se trata de una cifra espectacular, superior incluso al número de libros que se editan anualmente en el país. Corresponde sí a una cifra virtual, a un nicho de mercado posible pero que no es real. Lo que ocurre es muy diferente. Por una parte, a través de préstamos bibliotecarios, varios estudiantes leen o trabajan con un mismo ejemplar. Por otra, los estudiantes universitarios en su abrumadora mayoría no leen libros, leen fotocopias, capítulos, secciones, fragmentos,

---

<sup>1</sup> Eduardo Engel y Patricio Navia **Que gane “El más mejor”, Mérito y competencia en el Chile de Hoy**, Santiago, 2005.

<sup>2</sup> Consejo de Rectores, MINEDUC, 2002

artículos, hojas sueltas bajadas por internet. En definitiva libros que no alcanzan a ser libros, que son sólo textos.

El asunto tiene múltiples aristas, particularmente si consideramos que el libro es un objeto complejo: por una parte vehículo de pensamiento, de ideas y de creatividad, un bien de cultura y de educación irremplazable. Por otra, un producto material, hecho de papel impreso, que ha sido ilustrado, diseñado y encuadernado de determinada manera, un objeto concreto que se promociona, se fabrica, se vende, se colecciona, se exporta y se consume, vale decir, un bien económico. Metafóricamente, entonces, el libro tiene alma y cuerpo, y ambos componentes están interrelacionados, por ende, el deterioro o bienestar de uno, involucra al otro.

La relación con semi-libros o con lonjas de libros, implica carencias de distinta índole en la relación con el libro y la práctica de la lectura. Es como amarse por correspondencia: el alma se transmite pero el cuerpo no. Se trata de una mengua que también afecta a la industria y al mercado del libro y que termina por empobrecer la oferta editorial. La solución no es fácil. Desde el punto de vista de los estudiantes, la fotocopia “salva” –como dicen ellos. También seguramente “salva” a los padres. Pagando aranceles y manutención, comprar los libros que necesitan sus hijos –aunque sean usados- les resulta casi imposible. Desde el punto de vista de las universidades (sobre todo de las universidades privadas que tienen propósitos mercantiles) tener bibliotecas actualizadas con el número suficiente de ejemplares para una matrícula que aumenta año a año, no parece ser un tema prioritario.

Desde el punto de vista de los profesores dar una bibliografía indicando el número de páginas a leer resulta mas operativo y da mayor garantía de cumplimiento que si el alumno tuviese que adquirir o pedir en préstamo los libros. Desde el punto de vista de las editoriales, libreros y distribuidores, la fotocopia –la reprografía, le llaman- los perjudica y obstaculiza el crecimiento y desarrollo del mercado del libro en el país. Según Editores de Chile la reprografía –señalan en texto del 2005- “afecta al mundo del libro en unos 40 millones de dólares al año, pues no golpea sólo a los títulos más vendidos, sino que a todo el espectro de la producción editorial: libros de tiradas menores, como ensayos y textos sobre educación, filosofía, psicología, historia, administración, sociología y libros usados en la formación profesional y técnica. El monto que gastan las bibliotecas de instituciones de educación superior en fotocopias se aproxima a los 5 millones de dólares por año”.<sup>3</sup> También se refieren a una pérdida, en el curso

---

<sup>3</sup> **Una política de Estado para el libro y la lectura**, op.cit.

del proceso educativo, de la relación con el libro como bien cultural. Una solución parcial sería llevar a cabo lo realizado en países como Noruega, en que cada fotocopia paga un derecho que es recopilado por un ente independiente, derechos que van a dar a la industria editorial y a los autores. Por esta vía se puede, con el tiempo –si se adoptan otras medidas y un trato preferencial para el libro- lograr una baja importante en los precios y una mayor oferta de títulos, lo que contribuiría a transformar a la población universitaria en un público lector real de libros.

Los estudiantes universitarios también leen textos electrónicos. Con frecuencia lo hacen por una motivación *informativa o funcional*, para obtener referencias, datos o información. Cada vez más ésta clase de lectura funcional se realiza en textos electrónicos a través de Internet; varias editoriales utilizan el soporte electrónico o el CD ROM para sus enciclopedias, diccionarios o libros de referencia. Otro tanto ocurre con las revistas de punta en las distintas disciplinas, publicaciones que cada vez más son asequibles *on line*. Es innegable que en el mundo contemporáneo la gran variedad de medios y recursos tecnológicos existentes, han contribuido y seguirán contribuyendo al crecimiento cultural de la sociedad. Pero es innegable también que el libro continuará desempeñando en este plano una función insustituible. Hay quienes perciben en el libro un medio obsoleto y en retirada, argumentan que los bancos de datos y las máquinas de búsqueda tipo *Google* tienen hoy día, como fuente de información y ayuda, considerable mayor capacidad de almacenamiento y rapidez que el libro. El problema es que este tipo de comparaciones descansa en una premisa errada. Aquella que presupone una equivalencia entre información y conocimiento.

En cuanto al texto electrónico, que el estudioso Roger Chartier considera como la tercera revolución del libro (luego del manuscrito y de la imprenta), todo indica que asistiremos a una coexistencia entre estos tres modos de inscripción y de comunicación de textos. Hipótesis bastante más razonable que aquella que sostiene que nos encontraríamos ad portas del colapso de la cultura escrita, o de aquella otra que anuncia con trompetas el advenimiento inmediato de una nueva era de las comunicaciones. Según Chartier la historia de la lectura muestra que las mutaciones en el orden de las prácticas son a menudo más lentas que las revoluciones tecnológicas<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Roger Chartier **Histoire de la lecture dans le monde occidental**, Paris, 1995.